

Mataron al electo

José David Ruiz Álvarez

El siete de agosto, en plena posesión presidencial, asesinaron al presidente electo. Lo asesinaron ante todos los espectadores. El hecho fue transmitido en vivo y en directo por todos los medios; todos lo pudimos ver.

Un hombre salió de la multitud cuando el presidente electo se dirigía hacia la Casa de Nariño para recibir el mando del jefe de estado en ejercicio. Nadie hizo nada. El hombre vestido de negro y con la cara descubierta caminó a paso acelerado hacia donde estaba el presidente electo. Como se acercó por la espalda, su comitiva no vio al asesino acercarse; sin embargo, el mandatario en ejercicio presenció el desarrollo de toda la escena sin inmutarse.

El asesino alcanzó al presidente electo y le dio un disparo en la parte baja del cráneo, justo donde la nuca se convierte en cabeza. Todos vimos, algunos en persona y otros a través de nuestras pantallas, que este homicida tuvo inclusive tiempo de apuntar su arma con precisión para que no hubiera fallo alguno. Inclino la pistola hacia arriba, en un movimiento que parecía lento, justo después de ubicar el cañón en la base del cráneo, de este modo maximizó el daño que haría la bala en su recorrido al interior de la cabeza del presidente electo.

Disparó dos veces. Disparó dos veces. El electo se desplomó. Luego, el criminal procedió a vaciar el resto de su cargador sobre la vicepresidenta electa y la primera dama, esposa del jefe de estado electo. No tenía ninguna prisa. Los rostros desfigurados de ambas mujeres se sacudieron con una docena de disparos en sus cuerpos. Rostros llenos de sorpresa, miedo e impotencia. Ambas también fueron víctimas. La fuerza abandonó sus cuerpos y cayeron, sin vida.

Con su misión cumplida el sicario decidió huir como si lo hubiera recordado de repente. Se dio vuelta, les dio la espalda a los asesinados y miró a ambos lados, casi como alguien que fuera a cruzar la calle. Salió corriendo hacia su derecha, ¿hacia dónde más hubiera podido correr?

Lo que nos mostraron las cámaras es que nadie, absolutamente nadie más, se movió. Parecía casi un efecto especial. Todos petrificados excepto el asesino. Este alcanzó la multitud, se internó en ella y desapareció en el anonimato de las masas. Nadie se movió, nadie. ¿Todos lo estaban esperando? ¿O a todos el crimen los dejó helados?

Tampoco se movieron aquellos que en principio deberían dar su vida por la del

recién muerto. Una cosa es la estupefacción de los asistentes, otra es la de aquellos que tenían como deber el salvaguardar la vida del electo. Allí estaban, presenciando todo como si estuvieran en una obra de teatro. Con sus armas al cinto, sin moverse, sin pestañear, respirando normalmente.

Después de unos larguísimos segundos empezaron los gritos entre los espectadores. Desde este punto ya es difícil describir todo lo que siguió.

Muchos se abalanzaron sobre los cuerpos. Muchos más sobre los policías y militares encargados de la seguridad del evento. Todo fue caos, gritos, plegarias, llanto, desesperación. Se vivió un nuevo Bogotazo.

La capital ardió esa noche. La multitud de seguidores del electo enloqueció y descargó su ira sobre todo el que encontraban, vivo o muerto. El cuerpo del dirigente electo lo ataron a la estatua de Bolívar. Le quitaron la espada al Libertador, se la pusieron en la mano al cadáver y la levantaron en posición de lucha con ayuda de palos, cintas y cabuyas. Y entonces el cuerpo inerte presenció el caos más absoluto sobre la capital de la república.

Edificios enteros ardieron esa noche. Muchos muertos aparecieron por todas partes. Algunos dicen que fueron linchamientos de personas que la turba pensó que eran el asesino. Otros dicen que eran policías y militares eliminados por las masas. Fueron demasiados. El hedor a morgue se esparció por todas las calles de la ciudad.

Hasta bien entrada la mañana del día siguiente no se calmaron las masas. La marea solo bajó después de que el sol estuvo cerca del cenit. Se había declarado sobre la ciudad y sobre el país entero una ley marcial de más de un día. Todos los militares de la república habían sido desplegados a las ciudades para contener las manifestaciones nacientes. Llovieron muertos por todas partes. Aquellos que decidieron salir a protestar durante el toque de queda no fueron detenidos, simplemente ejecutados y desaparecidos.

Fueron miles, miles y miles. Nadie hubiera podido contarlos. Las hogueras infernales a las afueras de las ciudades y en los barrios más marginales ardieron 48, 36, hasta 72 horas, quemando cuerpos que les iban llegando de forma constante. Camionetas con cuerpos llegaban hasta sus llamas; descargaban a los ejecutados y volvían a salir en busca de más cadáveres con un apetito insaciable, como si no hubieran tenido suficiente. Fueron muchos días, muchos. ¿Quién, sin arriesgarse a la locura, los hubiera podido contar?

Mientras todo esto ocurría, el aparato político seguía intacto y operando. El candidato a la presidencia que había sido derrotado en las urnas era ahora el nuevo presidente en ejercicio. Por decreto presidencial, durante el estado de emergencia, el anterior mandatario había decidido nombrar como su sucesor al no-electo. Mientras justificaba su decisión por la televisión, decía que era lo mejor para el país en estos tiempos convulsos. Añadió, inclusive, que lo peor en estas circunstancias eran unas

nuevas elecciones. Según él, un nuevo proceso electoral dejaría más muertos y nos dejaría a las puertas de una anarquía y de un colapso del Estado de Derecho.

El no-electo se posesionó como presidente de la república el 9 de agosto en medio de la matazón en todo el país. Prometió liderar dando espacio para que todos encontraran su lugar, de forma incluyente y diversa. También se comprometió a encontrar a los asesinos del electo y castigarlos de manera ejemplar.

El 10 de agosto encontraron al supuesto asesino. Fue sentenciado como culpable ante todas las cámaras del país en el proceso más expedito de la historia de la justicia nacional. Al día siguiente lo extraditaron a los Estados Unidos por supuestos nexos con organizaciones narcotraficantes.

El país no se calmó. Muchos siguieron en las calles. Se necesitaron meses para que el ejército dejara de patrullar las ciudades. Se necesitaron muchas semanas para que la nueva normalidad se instalara. En menos de un año, los manifestantes, los antiguos electores, dejaron de bloquear las calles con sus protestas.

El reluciente mediodía que presenció el asesinato rápidamente se convirtió en atardecer sombrío y sanguinolento. De escarlata y púrpura se tiñeron los cielos mientras el sol se escondía tras montañas lejanas e inalcanzables. Los colores del cielo se fueron volviendo cada vez más opacos y ninguna de las luces de las calles, ninguna de las piezas del alumbrado público, comenzó a funcionar. La atmósfera se transformó en penumbra sólida, noche profunda y silenciosa. Pura oscuridad, sin esperanza de un amanecer, así fuera remoto.

Hoy, es reelegido el no-electo.